
Carta a Pepe Carvalho

José Luis Correa Santana ©

Querido Pepe:

Hace dos años que te fuiste y aún no me sobrepuesto al temblor de tu ausencia. Y es que dos años son un suspiro o una eternidad, según quién lleve el reloj. Hacía tiempo que quería escribirte unas líneas pero me daba no sé qué. Entre tantos merecidísimos homenajes y tanto ilustre nombre reverenciando el tuyo, supuse que Correos me iba a extraviar la carta. Ahora, unos amigos comunes me han dado la oportunidad de hacértela llegar por medio de una mano dulce e infalible.

No quieras saber la cantidad de gente que me pregunta por la calle, en los bares, en el parque, si soy pariente tuyo. Y he de confesarte, querido Pepe, lo mucho que me enorgullece que lo piensen siquiera. Reconozco que la primera vez sentí un latigazo de vanidad por todo el cuerpo que me duró varios capítulos. De hecho he intentado buscar el origen de esa confusión, ¿qué tengo yo que mi amistad procuras? Y en la distancia que nos separa (no en vano tú has vivido 22 aventuras y yo apenas voy por la tercera, tú hablas más de veinte idiomas y yo recién empiezo a chapurrear el tercero, tú te has ganado ya un lugar en el cielo y yo aún ando buscando mi lugar en la tierra) he encontrado algunas cosas que podrían explicar la cuestión.

¿Por ejemplo? Por ejemplo la mesa. Mira que comen mal los detectives anglosajones, así tienen siempre esa cara de estar oliendo mierda, cara de Víctor Mature hasta el tuétano. Claro. Se paran en cualquier tugurio, entre crimen y crimen, a saciar el hambre a base de sándwiches grasientos y cerveza caliente, cuando no se les ve sentados en el coche con un café sudado y un puñetero donut. Eso explica a Marlowe, a Sam Spade, a Walander, ese primo sueco que nos ha

nacido en los últimos tiempos. Incluso Maigret. Hombre por Dios. Mira que en Francia se puede comer y beber bien. Qué necesidad hay de estropearse el estómago de esa manera. Sí, querido Pepe, nos une la mesa. Bien es cierto que nos separa el clima, no es lo mismo el invierno del Raval que el de Vegueta, el de Santa Amalia que el de Triana que es como tener un tío en Granada, que ni tienes tío ni tienes nada. Yo he cambiado tus guisos por las ensaladas, tus platos de cuchara por el pescado fresco, pero donde esté el aceitito de oliva y el buen vino... ¿Sabes? Aún recuerdo una frase tuya con respecto a este asunto: "Lo importante es comer, la digestión es accesoria".

Y ¿qué me dices del humor? Sin duda es algo que tiene que ver con eso de la comida. A los parientes del norte les da acidez, a nosotros socarronería. Por eso ellos tienen ese rictus malhumorado y tieso, por eso sostienen la filosofía del amargado. Nosotros no, querido Pepe. Nosotros nos tomamos la vida de otra forma. Nos sabemos igual de perdedores, igual de mortales que ellos pero sobrevivimos a nuestra mortalidad con grandes dosis de humor. Nos encogemos de hombros. Y sonreímos.

Y ¿lo que más nos emparenta? Acaso tiene que ver con todo lo anterior, con las lentejas y la ironía, con los callos y el sarcasmo, pero ambos tenemos un código moral que aunque no es exclusivo, sí que es, como el patio de mi casa, particular y seco. Nuestro trabajo es descubrir al asesino, explicar las razones (si las hay) de su acto, intentar entenderlo. Pero que pague o no por su crimen, ya no nos incumbe. No somos dioses. Creo recordar que una vez lo explicaste con claridad: "Yo, es decir, Carvalho, jamás ha entregado un criminal a la policía o a la justicia. No pertenece a la deontología de un detective privado el sancionar con el aparato represivo por delante, pero es que además, puesto que estamos hablando de literatura, todo escritor sabe que el verdadero asesino de su novela es él mismo. El escritor es la chica del bar y el amante de la chica del bar, el gánster y el policía, el homosexual y el fascista, el marxista y el heterosexual, la víctima y el asesino." Dicho queda: una cosa es la ley y otra bien diferente la justicia.

Y bien, querido Pepe, quiero acabar con una anécdota que, aun siendo algo trivial, refleja como nada mi admiración por ti. Tú naciste, en una noche de farra, de una apuesta para salvar el bigote. Yo monté mi agencia de detectives, luego de otra tajada nocturna, para callarle la boca a mi amigo Miguel Moyano. Los dos, pues, somos hijos del whisky y de la luna, lo que no es mala cosa para ser personajes de ficción. ¿O no?

Hasta siempre, amigo.

Fdo.: Ricardo Blanco